



# Una bicicleta de tres puestos y otros relatos de vacaciones

Gerardo Meneses Claros

Ilustraciones de Jhon Jairo Álvarez

Norma





# Una bicicleta de tres puestos y otros relatos de vacaciones



# Una bicicleta de tres puestos y otros relatos de vacaciones

Gerardo Meneses Claros

Ilustraciones de John Jairo Álvarez

 **Norma**

[www.edicionesnorma.com](http://www.edicionesnorma.com)

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,  
Lima, México, Panamá, Quito, San José,  
San Juan, Santiago de Chile.

Meneses Claros, Gerardo, 1966-

Una bicicleta de tres puestos y otros relatos de vacaciones / Gerardo Meneses Claros ; ilustrador John Jairo Álvarez. -- Editora Jael Stella Gómez. -- Bogotá : Carvajal Soluciones Educativas, 2014.

72 p. : il. ; 12 cm. -- (Colección torre de papel. Torre azul)

Incluye índice de contenido

ISBN: 978-607-13-0487-2

1. Cuentos infantiles colombianos 2. Vacaciones - Cuentos Infantiles 3. Amor - Cuentos infantiles I. Álvarez, John Jairo, il. II. Gómez, Jael Stella, ed. III. Tít. IV. Serie.

I863.6 cd 21 ed.

A1437138

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

D.R. © 2014, Gerardo Meneses Claros

D.R. © 2014, Carvajal Soluciones Educativas S. A. S.  
Avenida El Dorado # 90-10, Bogotá, Colombia

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.  
Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,  
Delegación Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra  
sin permiso escrito de la editorial.

\* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,  
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Impreso en México — *Printed in Mexico*

Primera reimpresión México, junio de 2017

Edición: Jael Stella Gómez Pinilla

Ilustraciones: John Jairo Álvarez

Diagramación: Blanca Villalba P.

Armada de cubierta: Nohora Betancourt V.

Corrección: Julián Acosta

ISBN: 978-607-13-0487-2

---

## Contenido

Una bicicleta de tres puestos	9
Rosario	35
La cueva de la bruja	49
Papá se ha enamorado	61







---

## Una bicicleta de tres puestos

**P**apá me regaló una bicicleta para Navidad. Había pasado el año y en el colegio me dieron matrícula de honor. Yo no soy único, como el hijo de doña Cecilia, yo tengo dos hermanos más. Ahí estaba el problema. Papá me dio una bicicleta, pero en casa somos tres.

A mi hermano mayor le dieron unos tenis y a mi hermano menor una Batalla naval.

Estrené la bicicleta la misma noche de Navidad. Digo estrené, pero en realidad la estrenamos los tres. Mis dos hermanos saltaron de alegría conmigo cuando papá

apareció con mi regalo sin envolver y, luego de un discurso sobre la importancia de la responsabilidad, a propósito de mi matrícula de honor, me la entregó.

Mario y David abrieron de prisa sus regalos y le pidieron a mamá que se los guardara mientras íbamos los tres por la avenida a estrenar la bicicleta.

—Solo tiene un puesto —dijo David, desconsolado.

Entonces hicimos turnos. Primero yo, luego Mario y después David. Íbamos hasta la esquina de la fuente, cinco cuabras arriba de mi casa, en línea recta. Cambiábamos de piloto y otra vez hasta la fuente.

Toda la gente del barrio estaba en las calles. Era Navidad. Y las luces de colores alumbraban puertas y ventanas.

Luego de su turno, Mario entró a la casa y trajo un cojín de los sillones del zaguán.

—Mira, pongámoslo en la barra y así podemos montar juntos.

La cosa no funcionó del todo bien porque el cojín era muy delgado y la barra muy dura. Pero lo hicimos. Pedaleamos juntos hasta la fuente. A mitad de camino nos encontramos a Camilo, el mejor amigo de Mario. Se alegró al vernos y nos comentó que apenas iba para su casa, pues

acababa de salir del supermercado donde estaba trabajando en esas vacaciones.

—Mamá hizo dulce de Nochebuena, vayan más tarde a comer —nos dijo.

Cuando volvimos a casa, David estaba esperándonos ansioso.

—Miren —nos mostraba unas varillas—, mañana las mandamos a soldar en la parte de atrás y así montamos los tres.

Yo no pronuncié palabra. Miré mi bicicleta y guardé silencio. Esa noche dormí con ella. Mamá entró a mi cuarto ya casi a la madrugada y la bajó de mi cama. Mi bicicleta pasó el resto de la noche en el zaguán.

Al día siguiente Mario estrenó los tenis y David su Batalla naval. Yo limpié y brillé mi regalo y volví a llevarlo al cuarto.

—Es para que la uses —me dijo papá en el desayuno.

Tomé la carretera de la salida del pueblo y volé con el viento en mi bici nueva. Hice piruetas de saltos, cross, picadas y volteretas. A mitad del camino pedaleé despacito, lento, gozándome la carretera amplia y solitaria y llegué a casa casi al mediodía. Cuando yo estaba llegando salió Mario, quien me mostró sus zapatos nuevos.

Estaba orgulloso de su regalo. Papá se había gastado una buena cantidad de plata en nosotros. Mamá le había ayudado porque siempre se reparten las obligaciones. Dice papá que a mamá le va mejor vendiendo cosméticos por catálogo que a él como maestro de la escuela. Ella se ríe y no contesta nada.

Mario me pidió prestada la bicicleta para ir donde Camilo por el dulce. Le dije que también quería ir. David nos escuchó y pidió que lo lleváramos. “¿Pero dónde?”, pregunté preocupado. Mi bicicleta solo tenía un puesto.

—Mira lo que inventé —David apareció con un aparatejo que semejava una parrilla y que puso en la parte de atrás de la bicicleta—, solo tenemos que hacerla soldar o amarrarla bien con alambre.

Yo no contesté. La felicidad de mis dos hermanos se parecía mucho a la ansiedad de una aventura. Así que fueron por alambre y, en un segundo, tenían acondicionado un puesto trasero con todo y silla.

Mario trajo el cojín de la vez pasada y lo puso en la barra delantera. Cada uno tuvo, entonces, un puesto en la bicicleta: Mario adelante, yo al centro y David en la parrilla recién instalada.

Así nos fuimos a casa de Camilo: muertos de risa, haciendo maromas para no caernos. Yo pedaleaba, Mario manejaba la cabrilla y David ayudaba a mantener el equilibrio. La casa de Camilo quedaba en las afueras del pueblo, en el barrio de los artesanos. Pero decidimos no detenernos sino seguir hasta donde el cansancio nos llevara. En el cruce de la carretera al siguiente pueblo cambiamos de puesto. Mario se hizo en el sillín y yo en la barra. Solo David permaneció en su sitio. Ahí estaba bien.

Pedaleamos con fuerza, bajamos rapidísimo la vuelta de Los Cachingos y sentí el viento meterse en mi nariz y en mis ojos. Solo cuando vimos el río correr al lado nuestro descubrimos que habíamos llegado muy lejos.

Papá y mamá estarían haciendo la siesta luego del almuerzo, si es que habían podido almorzar sin saber de nosotros. En ese momento eso fue lo que menos nos importó.

Bajamos de la bicicleta, caminamos por la playa con la arena y las piedras tibias del río, nos quitamos la ropa y nos metimos al agua, no solo a refrescarnos, sino a celebrar nuestro nuevo juguete.

